

Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA



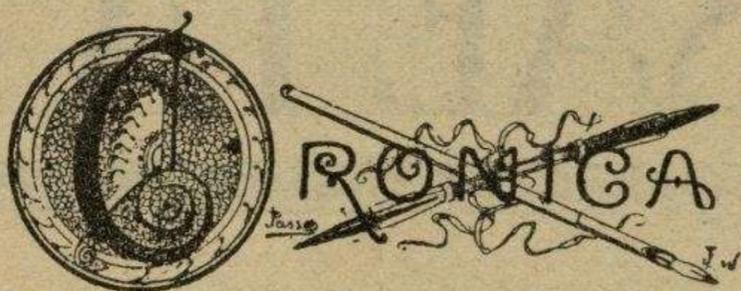
Delante del espejo

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



¿Saben nuestros lectores que fuimos denunciados y recogidos por una pretendida leyenda pornográfica que apareció en uno de nuestros números pasados.

Para LA SAETA no estamos en Barcelona, estamos en Minessota (Estados Unidos).

En este dichoso Estado han impuesto una multa de 500 duros á la señora que vaya enseñando los brazos al teatro. Item más: un año de prisión.

Y pasará en Minessota lo que pasa en Barcelona, que mientras castigan fuertemente á las que enseñan los brazos dejan pasar impunemente á las que enseñan lo demás.

Porque así es la ley distributiva cuando no tiene otra norma que la hipocresía.

¡Bien pudorosos son los legisladores *yankees*! No quieren ver en público brazos desnudos ¡Quién sabe lo que exigirán en secreto!

Si la ley de Minessota pasa á España y prohíben el escote del busto, puede ser que exijan la libertad completa en otro sentido.

Porque es lo que quieren los conservadores: mucha variedad y mucha... *moralidad*.

Y sobre todo, que campe la franca pornografía.

Nada de epigramático y picaresco... Todo sucio y crudo, como es de rigor en situaciones podridas.

* * *

Los periódicos europeos se asombran de los sueldos que disfrutaban los directores de ferrocarriles y otras sociedades en los Estados Unidos.

De sesenta á cien mil duros es el término medio.

Aquí esos señores tienen una miseria, es verdad, pero en cambio tienen otros gajes que mal año y mal mes para los directores de aquella nación.

Y si no, díganme Vdes. si las fortunas de los Planás y Marcets, con los reducidos sueldos de estos señores, no pueden dar quince y raya á los directores de los Estados Unidos.

Ahí tienen Vdes. al Sr. Marcet que ha levantado un palacio en el Ensanche digno de un conde de Montecristo.

¿Con qué lo ha levantado? Pues con.... los ahorros.

¿Y qué me dicen Vdes. de las fortunas de los Planás, Fabras y Gironas?

Hay que confesar que aquí no somos tan daspilfarradores y hacemos verdaderos milagros

de economía. Con un sueldo miserable, en un par de años llegamos á economizar millones de duros.

En política sucede lo mismo. Cánovas, Elduayen, Cos Gayon, Fabié y Beranger les dirán á ustedes que el ahorro es el principio de la riqueza.

Por eso nos estraña que haya tanto pobre en España.

¡Es tan fácil hacerse rico!

* * *

El conocido orientalista Karabacek (no lean ustedes «Carabanchel») ha descubierto un timo musulman que se remonta á los tiempos del Profeta.

Parece ser que el sultán de Turquía tiene una carta de Mahoma, que es reverenciada por los creyentes con un fervor que para sí quisiera la Virgen de la Saleta.

Ahora resulta que esa carta, que costó al sultán medio millón de piastras, no es del Profeta ni menos de la mamá que le dió á luz.

Karabacek ha demostrado que esa reliquia es ni más ni menos que un cartucho de perdigones que le han dado á la Sublime Puerta.

Hay que confesar que el timador que ha hecho el negocio es algo más inteligente que los vulgares *negociantes* que tenemos en España.

¡Medio millón por una carta falsificada del Profeta!

Cuando lo han sabido los timadores indígenas se han puesto á discurrir qué lata van á dar á los orientalistas... y á los que no lo son.

Hay quien piensa vender la maldición (escrita) que Noé echó á su hijo Shem cuando aquel estaba *empapalinado*. Otro quiere proporcionar la sexta tabla de la ley de Moisés, á los ingleses. Por último, un *artista* de los más notables, está en tratos para pulir á un alemán el letrero auténtico del festin de Baltasar.

Es mucho lo que se progresa en el arte de engañar al prójimo.

Por eso en cuestión de papeles les aconsejo que solo crean en uno: en el billete de Banco. Legítimo, se entiende.

* * *

Deu té un bastó, dicen los catalanes. Dios castiga sin palo y sin piedra, decimos los castellanos.

La Tabacalera, tan censurada y perseguida por la opinión pública, es una niña mimada de la Providencia.

Véase sino el caso.

En el rio Guadaira ha aparecido ahogado un contrabandista que llevaba amarrado á la espalda un bulto que contenía tres arrobas de tabaco.

¡Justo castigo á su perversidad!—dirán los señores de la Tabacalera, que nos hacen fumar todas las lechugas que recogen los basureros.

Lo cierto es que en esto como en todo se ve la mano del destino.

Ahí tienen Vdes. á un hombre que, si no se

ahoga, hubiera proporcionado unos ratos buenos y distraídos á los fumadores.

Pues no, señor; se había de ahogar. A este mundo hemos venido para sufrir.

El contrabandista ese quiso ir contra el eterno dolor á que nos ha condenado la naturaleza, y como á todo redentor le ha salido el tiro por la culata.

¡Tres arrobas de tabaco echadas á perder, y un ejemplo para los que van contra las Borgias de la Tabacalera!

Y ahora dirán estos señores:

Si fumeis,
tomeis

el ejemplo de ese contrabandista.

Es decir, que estamos condenados á no fumar tabaco.

* *

—Es tan rico el castellano—decía un chulo imitando á Bartrina—que hay que palabras tienen mil vocales.

—¡A ver, á ver!

—Mire V.: *milésimas*.

—No lo veo.

—Si, hombre, si; *mil ee imas*. Palabra que tiene *mil ee*.

ELIDAN.

Antes del baile, en el baile y después del baile

I.

Respira en Luisa el amor,
y, entre emociones distintas,
perfumes, flores y cintas
ordena en su tocador.

Sin tener de ello conciencia,
siente un anhelo profundo
ante un baile en que el gran mundo
va á alarmar á su inocencia.

De sus galas se hace cargo
y, con espíritu absorto,
ve como en tiempo tan corto,
luce ya vestido largo.

Mientras el talle aprisiona
y calza sus piés pequeños,
tiembla ante los mil ensueños
que realizar ambiciona;

y al mirarse ante el cristal
ya prendida y retocada,
ve en sus ojos retratada
la alegría natural

del alma que busca el roce
de la realidad de un sueño,
sin sospechar lo pequeño
del mundo que no conoce.

II.

Ya entró Luisa en el salón,
y aunque huyendo en la penumbra
del brillo que la deslumbra
los ojos y el corazón;

los compases de la orquesta
y el calor de aquel ambiente
le arrastran maquinalmente
á tomar parte en la fiesta.

Y entre el vals que le ha pedido
por cumplido un cabellero,
y el vals en que un majadero
le atormenta por cumplido,
ve la niña por su daño,

que tiene fulgor muy triste
la alegría que se viste
con las galas del engaño.

Y allí, donde halla al amor
sirviendo á la vanidad,
y cómplice á la amistad
de asaltos del deshonor,
herido el angel suspira
y rotas sus alas deja
contra el cristal que refleja
tanta brillante mentira.

III.

Lucen del alba las tintas;
de sus galas se despoja
Luisa, y con desdén arroja
flores, encajes y cintas,
que en derredor de su lecho
caen en revueltos montones,
envolturas de ilusiones
que acariciaba en su pecho.

Y aquí la deshecha blonda
y allá la flor deshojada,
en todas partes grabada
está la pena más honda

de un angel que abre su puerta
y á entrar al sueño convida,
por ver si durmiendo, olvida
lo que ha soñado despierta.

Y aun durmiendo le hace agravios
el volteo de figuras
que piden verdades puras
con la mentira en los labios;
y huye del liviano roce
de la realidad funesta
que le ofrece á toda orquesta
un mundo que ya conoce.

E. BUSTILLO.

MI SUPPLICIO

(Fragmento de la vida de un toro)

CUANDO me separaron de mis hermanos en cuernos para encerrarme en un cuarto estrecho y oscuro comprendí que algo grave querían hacer conmigo.

Yo era un toro de buenos sentimientos, negro, zaino, botinero, ancho de cuna y casado. En la dehesa había dejado á mi esposa, que me dijo en el momento de nuestra separación:

Careto, ten mucho cuidado con los hombres, porque son muy brutos.

Las señoras, aun perteneciendo al ramo vacuno, tienen una penetración superior á nosotros los machos, perdonándome á mi mismo la comparación.

¿Cuánto tiempo permanecí en el cuarto oscuro? Lo ignoro, porque aún no se ha establecido la costumbre de que las reses usen reloj; pero no quiero exagerar si digo que allí pasé cuatro ó cinco horas sin luz, sin aire y con moscas.

Cuando ya comenzaba á impacientarme, vi que abrían una ventanilla en el techo de mi calabozo, y levanté la cabeza sorprendido; pero antes de que pudiera enterarme, ya me habían clavado en el morrillo la divisa de nuestra casa solariega. Solté un par de coces y me estremecí.

—Bruto—dije en mi idioma, sin poderme contener, y para desahogar la furia le di una cor-

LA PRIMAVERA



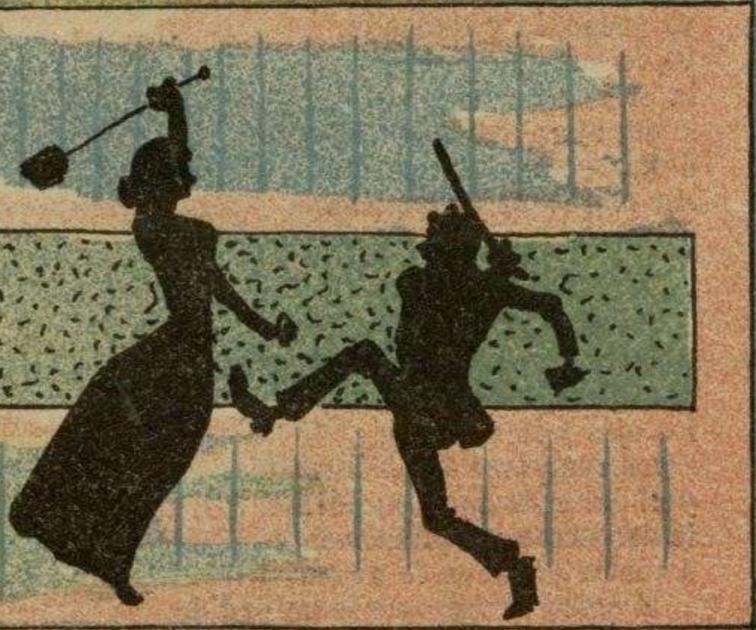
¡Dichosa primavera,
que todo lo que tengo sacas fuera!



¡Primavera dichosa,
que me vuelves ardiente y quisquillosa!

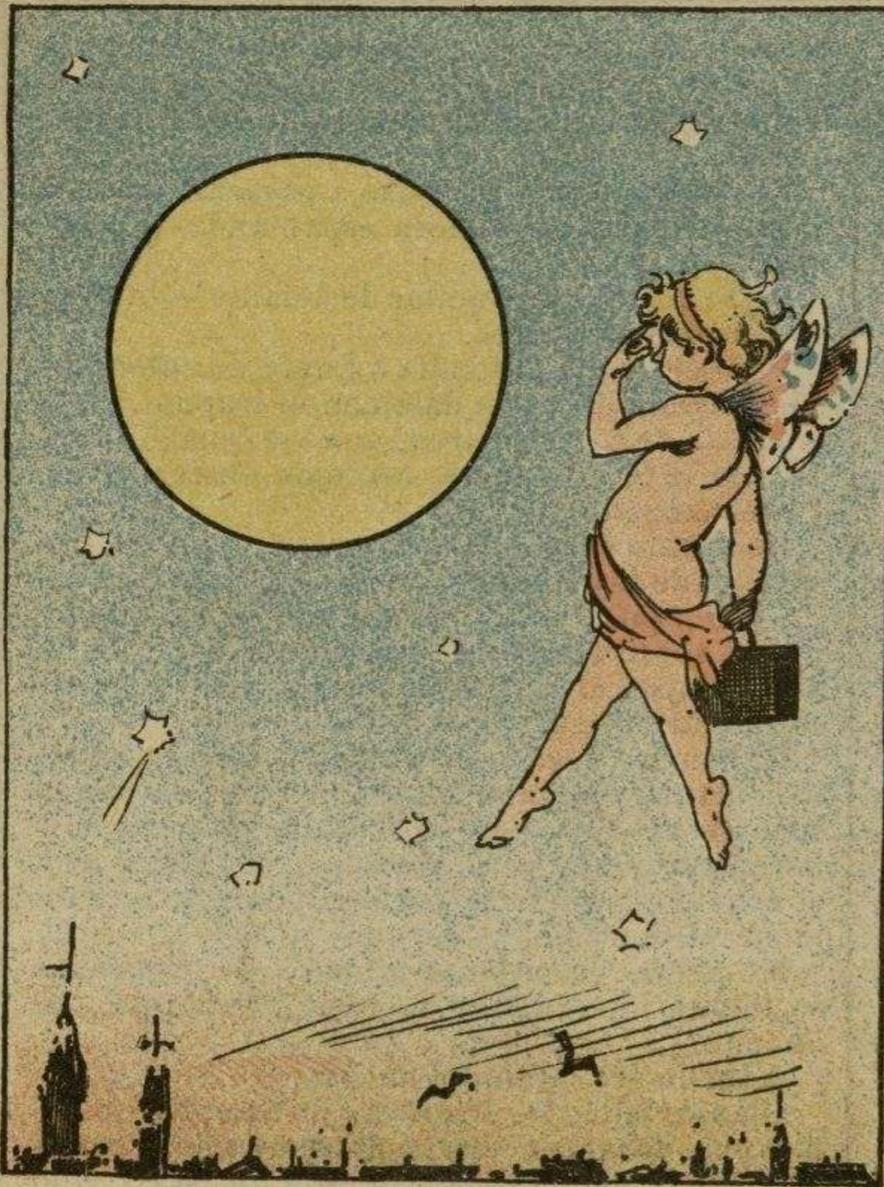


¡Primavera importuna,
que revuelves mis tripas una á una!

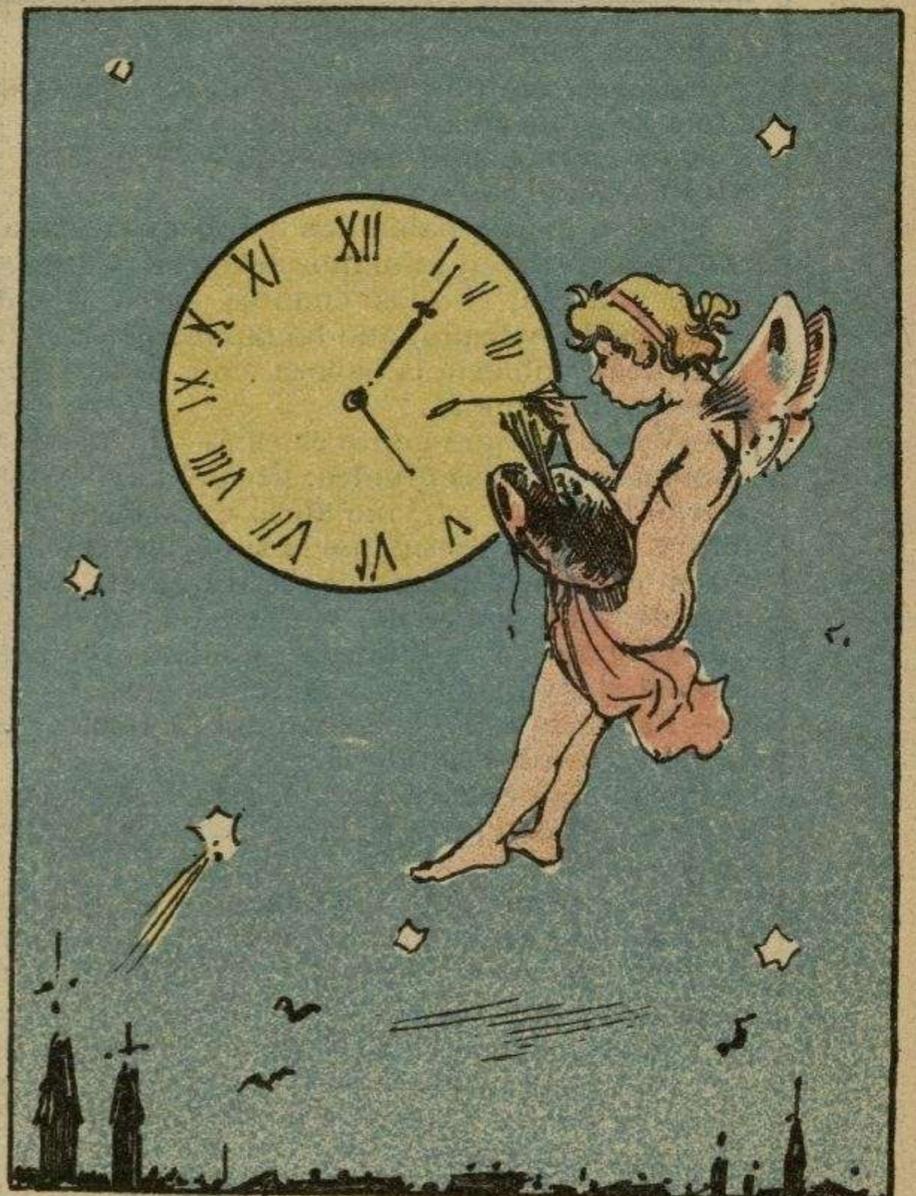


¡Hermosa primavera,
que calientas las manos á cualquiera!

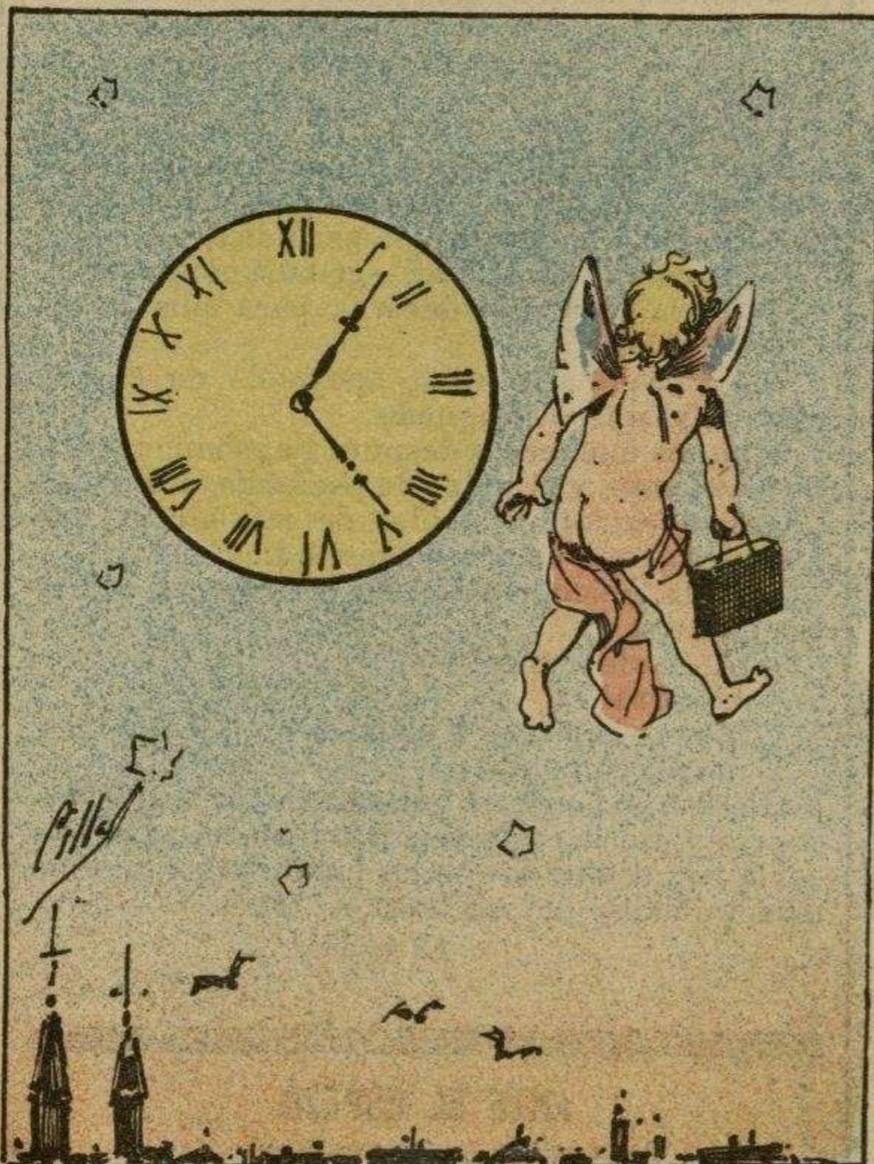
ASTRONOMÍA



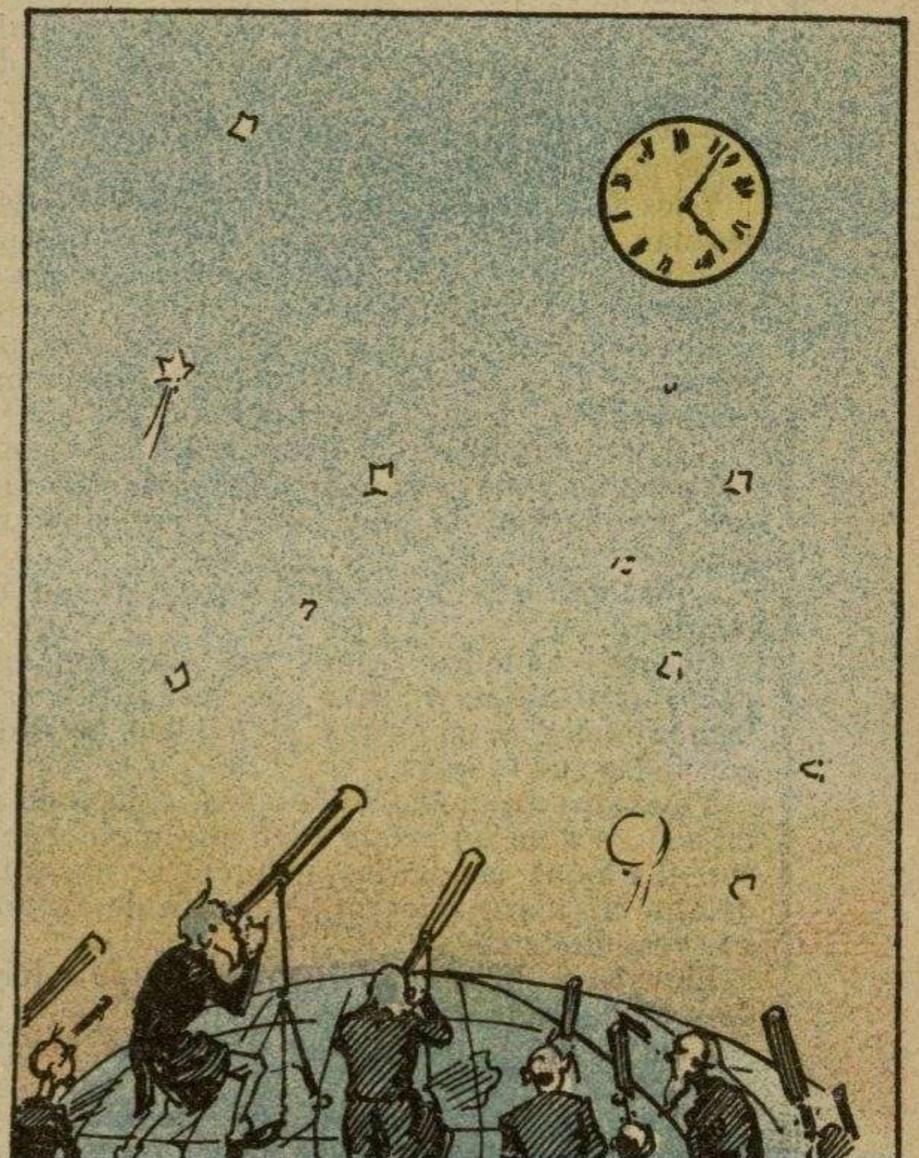
A cierto angelito aficionado á la pintura, se le ocurrió cierta noche una idea ingeniosísima.



Y sin perder un momento, puso manos á la obra.



Y una vez terminada, se marchó muy satisfecho.



Y á la siguiente noche, los más afamados sabios del mundo observaron con asombro el portentoso fenómeno.

nada á la puerta.

Algunos minutos después ésta se abrió rápidamente y me encontré en la plaza.

¡Qué gentío, qué estruendo y qué falta de consideración con uno!

A mi izquierda había dos hombres á caballo con una vara en la mano derecha. Cerca de ellos, y á pié, ví unos cuantos séres vestidos de un modo extraño, que lucían las pantorrillas y llevaban cubierta la cabeza con una especie de felpudo pequeño.

—Voy á ver qué gente es esta—dije acercándome á uno de los ginetes; pero el muy salvaje alargó la vara y ¡rif! me abrió un ojal en la pletilla. Entónces sentí que la sangre se agolpaba en mi cabeza, y ciego por la ira, metí toda el asta derecha dentro del vientre del caballo.

—¿Tengo yo la culpa?— exclamó el pobre animal clavando en mí sus dulces ojos.

—Es cierto—dije yo sacando el cuerno; y me lancé contra los hombres.

Pero huían cobardemente, procurando taparme los ojos con unos pedazos de percal desteñido y sucio.

—¡Ah, granujas!—iba diciendo yo mientras corría— ¿Es esta manera decente de tratar á un toro, que no les ha inferido á ustedes ofensa alguna?

A lo mejor llegaba un hombre despacito, despacito, hasta colocarse á poca distancia de mí; después soltaba el trapo y me lo pasaba por delante de las narices.

—Esto es tomarme el pelo pensaba yo, y me lanzaba en su persecución; pero él dando un brinco desaparecía detrás de la valla ¡vaya una proeza!

A todo esto el público batía palmas y escitaba los buenos sentimientos de los de á caballo, diciéndoles:

—¡Vaya usted al toro! so morrall!

¡So morrall! ¡Qué palabrotas!

Y los de á caballo, para echarlas de valientes, seguían abriéndome ojales en todo el cuerpo.

Oí sonar unas trompetas y los de caballería se retiraron del redondel.

Dos hombres con un pincho en cada mano, revestido de papel de colores, empezaron á hacerme señas y á dar saltitos delante de mí.

—¿Qué querrán estos mamarrachos?—pensé yo; pero no pude continuar haciendo reflexiones, porque uno de ellos vino y me clavó los pinchos en el lomo.

—¡Maldita sea tu suerte!—grité dando un mugido.

Después aquellos brutos me clavaron otro par y otro después hasta que les ví retirarse tranquilamente, mientras el público aplaudía con todas sus fuerzas.

Yo estaba en medio de la plaza, pensando en mi señora y en un primo suyo que suele pacer con ella todas las tardes, cuando se me puso delante un mozo valentón, con cara de canónigo, vestido de verde.

Llevaba en la mano derecha un trapo colorado y una espada en la otra.

Aquello fué lo que me dió más rábía, porque yo decía:

—Este sugeto no trae buenas intenciones. A mí se me está faltando hace mucho rato y no me quejo. Creí que ahora me dejarían en libertad de volverme á la dehesa ó de avecindarme en Madrid y veo que, por el contrario, continúa

el jaleo. Cada vez me convenzo más y más de lo que decía mi señora: «Los hombres son unos brutos» ¿No me han toreado bastante? Pues entónces...

El del trapo rojo comenzó á pasármelo por la cara como si me estuviera espantando las moscas.

—¿Se quiere usted quitar de delante?—le decía yo con buenos modos.

Pero él no me entendía ó fingía no entenderme y seguía dale que dale con el trapito, hasta producir de mí tal mareo, que me quedé parado, con la lengua fuera, los ojos entreabiertos y el estómago removido.

De pronto sentí que me metían una cosa fría por uno de los lados del cuello... Era la espada.

—Pif... pif... pif... hacia el público silbando; y cayó sobre el redondel una verdadera lluvia de naranjas, alguna de las cuales vino á chocar contra mi cabeza.

El hombre vestido de verde volvió á ponerse delante y á bailar un tango; quise darle una cornada sencilla, porque á mí no me gusta faltar mayormente; pero él se tapó el cuerpo con el trapito encarnado y por segunda vez introdujo en mi cuerpo el chafarote.

No puedo recordar el número de estocadas recibidas, ni en donde las recibí, ni porqué, ni cuándo.

Aquello era la fin del mundo.

Oíanse silbidos, insultos, juramentos terribles; las naranjas caían á docenas sobre nosotros y una botella lanzada desde un palco vino á romperse sobre mis maceradas carnes, hirriéndome el amor propio.

Entónces me eché y el hombre de lo verde se limpió el sudor con la mano mientras decía á un jóven con cara de besugo que estaba á su vera:

—Anda, ya.

El de la cara de besugo quiso meterme no sé qué cosa entre ambos cuernos y yo me incorporé ofendido y con ánimo de perjudicarlo.

—¡Al corral! ¡al corral!—gritaba el público.

—¡Santa palabra!—decía yo para mis adentros.

Me acerqué á la valla, apoyando en ella la cabeza, y esperé resignado.

Algunos momentos después llegaban el señor de *Caminante* y el señor de *Gallardo*, dos respetables cabestros, conocidos de mi familia, que me dijeron con cariñosa solicitud:

—Anda, chico, vente con nosotros y deja á esa gentuza.

—¿A dónde vamos?

—Al corral.

—Dios se lo pague á ustedes.

Y me fuí con ellos.

Hoy me hallo en el período de la convalecencia y escribo esta verídica historia para hacer saber al mundo que los hombres son mucho más animales que nosotros.—*Careto*.

Es copia.

LUIS TABOADA.

ANTE EL ESPEJO

Pues, señor casi estoy lista.
Me dan unas desazones
los guantes de dos botones
que... ¡Jesucristo me asista!

¡Eh! ya se salió otra vez:
voy á tardar un par de horas
y me han dicho esas señoras
que me esperan á las diez.

Y ya son las once ó más...
¡Gracias á Dios se ha abrochado!
¿A ver qué tal ha quedado
el cinturón por detrás?

Vamos, va perfectamente.
No se me pondrán delante
las chicas del comandante
ni la mujer del teniente.

¡Jesús qué tres vanidosas!
las tengo aquí, en la garganta,
sobre todo á la que canta
aquellas cosas..... ¡qué cosas!

¡Y vaya una voz bonita!
¡y dice el papá después
que es primera tiple, y es
un grillo la pobrecita!

Pues no le digo á usted nada
de la señora de Perez,
que va pegada á su alférez
el de la barba cerrada.

Y nos mira á las demás
como diciendo:—El señor
es una guardia de honor
que llevo siempre detrás.....

¿Dónde me pondré el clavel?
¿en el pelo? ¿en el costado?
está mejor á este lado.....
¡No! mejor estoy sin él.

Pero el caso es que ese loco
me lo ha dado, y no me atrevo.....
pues si ve que no lo llevo
se va á incomodar un poco.

¿Qué haré? ¡Bah! si se incomoda
que se aguante. Es un capricho.
Al fin y al cabo, no ha dicho
ni una palabra de boda,

y me voy cansando ya
de salir á los balcones
y escribir cuatro renglones
á escondidas de mamá.

Y, sobre todo, hace un mes
que Ange'ito Cascarillas
me está mirando á hurtadillas
con muchísimo interés.

Y tiene cara Angelito
de casarse bien y pronto,
porque parece muy tonto,
y lo será el pobrecito.

Lo cual es muy conveniente
porque un marido melón
es una gran proporción
para una chica prudente.....

Vaya, venga el botecito,
la brocha; la última mano
Este grano..... ¡infame grano!
No estará mal un poquito
de carmín en las megillas.

¿Qué es esto? ¡Que me he quemado!
Es que estaban demasiado
calientes las tenacillas.

Tengo que darme otra mano
de brocha. Justo. Ya está!
¡Hola! ¡el clavel! ¿Qué dirá
el pobrecito Mariano

cuando me vea sin él?
¡Bah! que diga lo que quiera!
Si Cascarillas se entera
ya me dará otro clavel.

Nada; decididamente
me quedo con Cascarillas.
La pulsera. Las horquillas.
Se acabó. Ya estoy corriente.

SINESIO DELGADO.

MALICOTÓN Y ADIFESIO



TENGO dos amigos que *melitan*, como
ellos dicen, en los partidos de la re-
volución social.

Uno de ellos, Malicotón, es anar-
quista.

Por supuesto el nombre de Malicotón no es
el suyo; es un mote mal dado. Le quisieron lla-
mar Melocotón y los compañeros tergiversaron
el nombre.

Lo mismo pasa con el socialista Adifesio, que
debiera ser Adefesio.

Estos dos revolucionarios me detestan por-
que soy burgués, y además, periodista. Miel so-
bre hojuelas, que diría cualquiera.

Aunque no me pueden tragar, como yo, en
mi condición de emborronador de papel, puedo
darles lustre sacándoles á relucir en *interviews*
y gacetillas, me tratan con cierto mimo y no
piden mi cabeza, como debieran pedir siendo
verrrrdaderos rrrrevolucionarios,

Con motivo del último primero de Mayo me
avisté con mis dos hombres y resultó la siguien-
te escena que tengo el honor de someter á la
discreción de Vds.

Yo.—¡Hola, señores!

Malicotón.—No hay señores. Aquí todos se-
mos compañeros.

Adifesio.—Y anamigos de los burgueses.

Yo.—Lo que Vds. quieran. Desearía sola-
mente que Vds. me dijese su parecer sobre el
buñuelo que han hecho Vds. este 1.º de Mayo.

Los dos.—¡No hay muñuelos!

Yo.—¡Pues no le ha de haber! El año pasado
que mandaba el tío Sagasta (llamémosle así
para no llamarle señor) Vds. estuvieron ma-
reando á la marecita del verbo, no dejando tra-
bajar á nadie y tirando chinitas á los civiles
y á las tropas. ¿Me quieren Vds. decir lo que
han hecho este año?

Adifesio.—Pus mos hemos dedicado á ser mu-
políticos y mu pillines.

Malicotón.—Y habemos dado el golpe.

Yo.—Lo que han hecho Vds. es economizar
el golpe, que lo que es darlo...

Adifesio.—El gobierno iba á mitrallar al pro-
be obrero ¿y qué ha hecho el probe obrero?
Pues estarse en casa para que no le mitralla-
sen.

Yo.—Y han hecho Vds. bien; lo primero es
el número uno.

Malicotón.—Pero deje V. que guelva el bur-
gués Sagasta, que ese no mus hace nada... En-
tonces verá V. la que se arma.

Yo.—Naturalmente. ¿Hay libertad? Pues es-
cándalo. ¿Aprietan las clavijas? Pues todo el
mundo á casa.

Malicotón.—Es que no queremos ser víctimas.

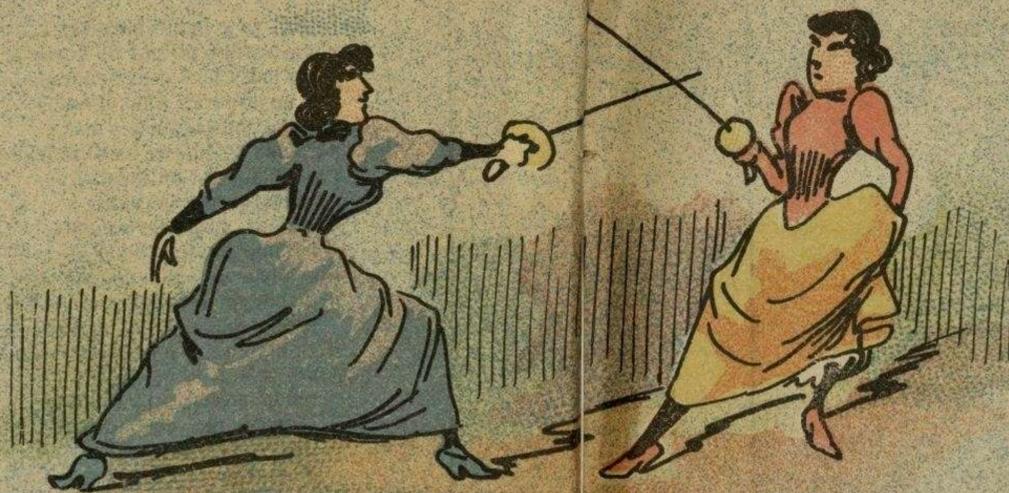
Adifesio.—Eso es lo que quisierais vusotros,
los pillos burgueses.

Yo.—Gracias, amables compañeros.

Malicotón.—Luego nosotros necesitamos vi-
vir para mantener la familia.



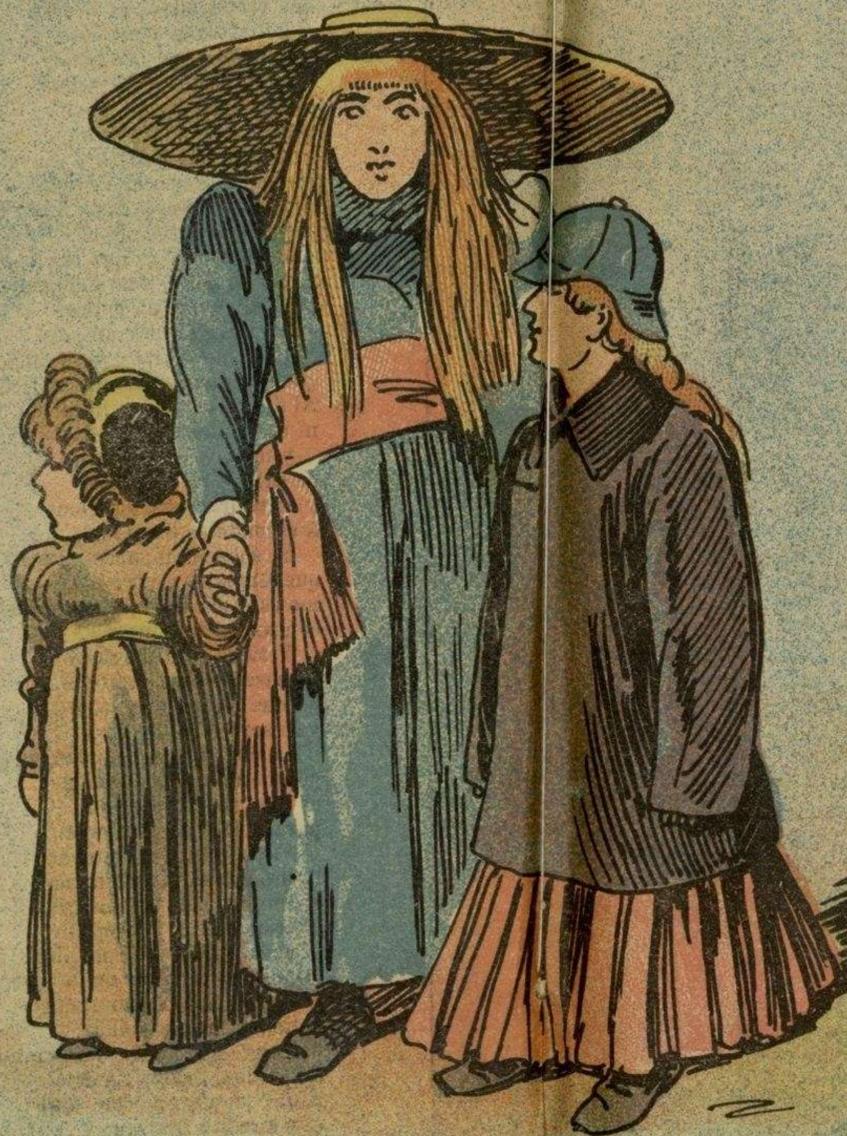
Los velos con lunares.



Cosas veredes elid
que farán fablar naguas.



Moda de ayer.



Moda de hoy.

—Pero, mujer, no paras en casa ni un momento.
—Solo me puedes exigir ocho horas en tu compañía. Ya lo sabes.

Yo.—¡Es claro! porque nosotros la echamos á la calle...

Adifesio.—Además, no estamos preparados; no tenemos armas.

Yo.—¿Tienen Vds. más que ir ahorrando una peseta por semana para comprar un fusil?

Malicotón.—Eso va largo. Con una peseta tenemos pa dir al treato y destruirnos.

Yo.—Como los burgueses.

Adifesio.—No, que nusotrus vamos á la cazuela. Ellos, los pillos, van á futraca.

Yo.—¿A qué?

Malicotón.—A matraca... en fin, á esos sillones de terciopelo.

Yo.—¿A butaca?

Malicotón.—Eso. Nosotros no hablamos como esos ladrones de burgueses, porque no habemos recibido destrucción.

Yo.—Y es una lástima. Si Vds. tuviesen ilustración no harían tantos desatinos. Empezarían Vds. por...

Malicotón.—Alguna barbaridá va á decir V.

Yo.—Pues no la digo. Quería que V. fuesen razonables y efectivamente eso es una barbaridad.

Adifesio.—Creo que V. nos está faltando.

Malicotón.—¡Cudiao con faltar al hombre que vive de su trabajo!

Yo.—Me parece que yo también vivo.

Adifesio.—¿V.? V. es un periodista y por lo tanto un gandul y un sin vergüenza.

Yo.—Se me figura que ahora me faltan Vds. á mi.

Malicotón.—Pero nosotros tenemos motivos. El probe obrero es dino de respeto; el sanguijuela que se anima con la sangre del que trabaja, no.

Yo.—¿Pero me quieren Vds. decir á quién de Vds. chupo yo la sangre?

Malicotón, indignado.—A todos. ¿Usté tiene fregona? Pus chupa V. la sangre de la fregona ¿V. tiene vigilante y sereno pa que le abran la puerta? Pus les chupa V. la sangre. ¿V. va á la plaza, toma un coche, rompe V. botas? Pus chupa la sangre de los vendedores, de los cocheros y de los maestros de obra prima..., V. es un explotador de la gente probe.

Yo.—¡Ave María Purísima!

Adifesio.—Y además está V. metido por la iglesia como lo senifica la exclamación de Ave María Purísima!

Yo.—¡Atiza!

Malicotón.—Y además, dice ¡atiza! como si quisiera echarnos encima los ceviles.

Yo.—Pero entendámonos.

Adifesio.—No hay entendedurás con los burgueses.

Malicotón.—Ni con los infames explotadores. Salud.

Adifesio.—Adios.

Yo.—¿Habeis dicho á Dios? Pues soy unos reaccioarios y burgueses, compañeros.

Malicotón y Adifesio caen anonadados.

DANIEL ORTIZ

BAÑOS DE PLACER

Me manda el Doctor tomar
baños de mar sin cesar;
pero me falta el valor.

¿Yo zambullirme en el mar?
¡Que se zambulla el Doctor!

¿Que pide mi economía
agua fría? ¡Tontería!
¡Si no puede ser verdad!
¡Si para mí el agua fría
es una barbaridad!

¿Bañarme así? ¡Cruz y raya!
A la playa que se vaya
el que esté loco ó borracho...
Yo no me exhibo en la playa
vestido de mamarracho.

No puede ser sano estar
casi desnudo, y sufrir
los lampreazos del mar,
estornudando al entrar
y tiritando al salir.

¡Nada! ¡Que no puede ser!
Tengo yo bastantes años
y sé lo que debo hacer;
yo no comprendo más baños
que los baños de placer.

Una sábana, un cuartito
y una pila de granito
ó de mármol, me es igual.
Eso sí, la necesito
de un tamaño colosal.

Yo solo, tranquilamente,
y sin sufrir el sonrojo
de que me mire la gente,
con agua fría y caliente
lleno la pila á mi antojo.

Meto el termómetro y veo
lo que marca. ¿Que está fría?
¡Pues, paciencia! ¡Otro meneo!
¡30 grados! Todavía
no está como la deseo.

¡32! ¡Perfectamente!
¡Andando, al agua, valiente,
que ya está la pila llena!
¡Este es un baño decente
y no ese baño entre arena!

¡Ajaja! ¡Qué calentita!
¡Está del temple agradable
que mi cuerpo necesita!
El baño en que se tiritá
no puede ser saludable.

¿Qué ha de serlo? ¡No, señor!
Y luego aquí no hay temor
de que me muerda algún bicho.
Pero en el mar... ¡Quiá! ¡Lo dicho!
¡Que se zambulla el Doctor!

No hay nada como meterse
en una pila, sin traje,
y allí casi adormecerse,
ó con las manos hacerse
á su gusto el oleaje.

Que se den un chapuzón
en los baños de impresión

y tomen chorros y duchas,
esos que en el mundo son
medio hombres y medio truchas.

Yo no soy ningun anfibio,
y si he de encontrar alivio
á mi dolencia presente,
ha de ser en baño tibio,
muy tibio!... ¡casi caliente!

Este es mi modo de ver!
Sufriré en calma los daños
que estos baños me han de hacer;
pero no quiero más baños
que los *baños de placer*.

VITAL AZA.

UN PARAGUAS



ALGUNOS biógrafos de Balzac refieren la anécdota siguiente:
Pasaba un día por una de las calles de París en ocasión en que las nubes, desatando sus cataratas, amenazaban inundar la moderna Babilonia.

Balzac, que habia olvidado su paraguas, se vió obligado á guarecerse en un portal, hasta que pasara un coche ó cesara el chaparrón.

Mirando á uno y otro lado, vió en un balcón de la casa de enfrente, detrás de los cristales, una mujer que le pareció hermosa á pesar de la distancia.

La dama se fijó tambien en el célebre novelista; acaso le conocía, ello es que no se separaba sus ojos de él, y que le contemplaba con visible inquietud.

Balzac mismo, el hombre que tanto desconfiaba de las mujeres, sintió lisongeado su amor propio.

Tal vez llegó á pensar si habria inspirado alguna repentina pasión.

No sé qué ideas cruzarian por su mente en aquel momento, cuando las vió interrumpidas por la presencia de una doncella que, atravesando la calle con un paraguas en la mano, se acercó diciéndole:

—Mi señora, que habita en la casa de enfrente, me manda que ofrezca á usted este paraguas para que pueda seguir su camino sin temor á la lluvia.

Balzac aceptó el obsequio, saludando á la señora que le contestó muy afable, y despues de gratificar á la doncella, salió del portal y desapareció.

Al día siguiente cuando fué á devolver el paraguas, que él consideró un pretexto para entrar en relaciones, quedó desagradablemente sorprendido y corrido, al oír que la dama le decía:

—No atribuya usted á una causa que no existe, mi conducta de ayer: me guió un móvil bien sencillo. En el momento en que usted se guareció ahí enfrente iba á salir de mi casa una persona á quien V. conoce, y que no queria ser vista, y como lo que le detenía á V. era un paraguas, creí que ofreciéndole el mío, saldriamos de una situación comprometida.

* *

Algo por el estilo me pasó hace algunos años un día de chaparrón, al pasar por la calle del

Desengaño.

Lo mismo que al novelista francés, la falta de paraguas hizo guarecerme en un portal, en cuyo frente, y tambien detrás de los cristales, habia una mujer encantadora, contemplándome con un vivísimo interés.

Tal me pareció á lo menos, el acto de no separar de mí sus ojos.

Sin saber por qué, es decir, comparando la situación, se me vino á la mente el recuerdo de la aventura de Balzac.

No bien habia herido mi imaginación este pensamiento, cuando una muchacha rubia, divinamente calzada, se me acercó diciéndome:

—Mi señora me encarga dé á V. este paraguas.

Y dejándole en mi mano, desapareció sin esperar respuesta.

Yo alcé los ojos al balcón de enfrente: la dama habia desaparecido.

Fué tal mi preocupación que salí del portal con el paraguas en la mano, pero sin abrirle, de modo que llegué á mi casa convertido en Neptuno; mi ropa era una cascada.

La imágen de aquella mujer que habia usado conmigo tal galantería, impresa en mi imaginación, me perseguía sin cesar.

¿Qué móvil la habia impulsado de aquella manera?

Este era el *quid oscurum* de la aventura.

¿Era aquello un pretexto para entrar en relaciones conmigo, un medio de salir de una situación apurada como la dama de Balzac, ó bien un modo más ó menos ingenioso de burlarse de mí?

Toda aquella tarde y gran parte de la noche, estuve preocupado, dándome á mí mismo razones, que destruía luego con la misma facilidad, para atribuir aquella conducta á una pasión que yo creía haber inspirado.

Al día siguiente, á la hora que me pareció más oportuna, me dirigí á la calle del Desengaño.

Cuando hice sonar la campanilla de aquel piso principal, me estremecí como si me hubiera puesto en contacto con un aparato Bunsen.

La puerta se abrió: ya no habia medio de retroceder.

Pregunté por la señora, y me hicieron pasar á un gabinete lujosamente amueblado, donde no tardó en presentarse la dama á quien yo habia visto en el balcón el día anterior.

Yo esperaba ver en ella un signo cualquiera de inteligencia; pero me recibió fría y grave como á una persona á quien se ve por primera vez.

Aquel aspecto que yo no esperaba encontrar, me hizo estremecer: no sabia qué decirle, no me atrevía á despegar los labios, todo se me volvia mirarla y mirar al paraguas que estaba entre mis manos, esperando que ella misma me ayudase á entrar en materia.

No podía prolongarse por mucho tiempo una situación tan embarazosa.

La dama fué la primera en romper el silencio:

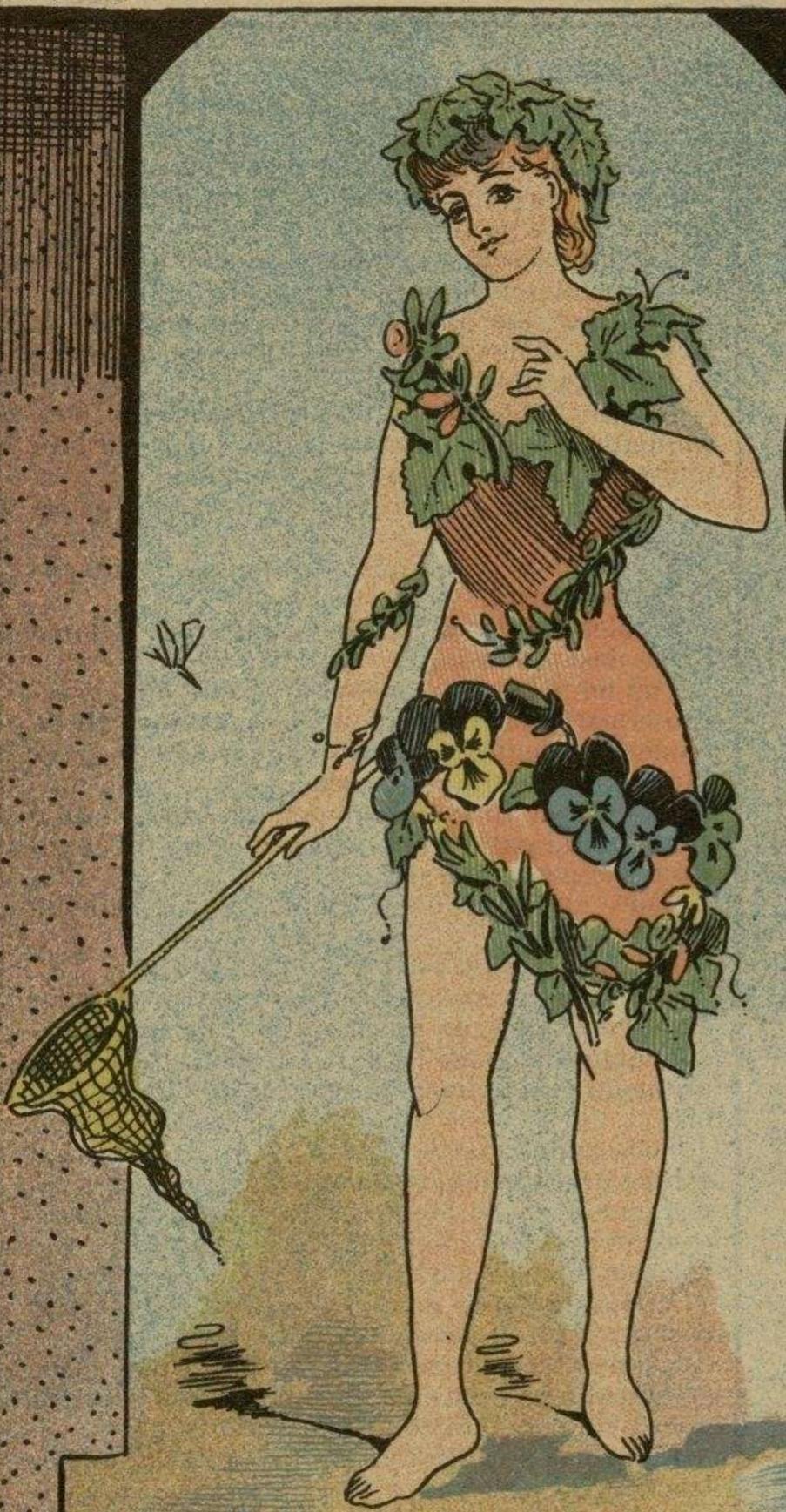
—¿Qué se le ofrece, caballero?—me dijo con un tono cortés, aunque desdeñoso y frío.

—¿Pero es posible,—me decía yo,—que esta mujer ignore á lo que vengo?

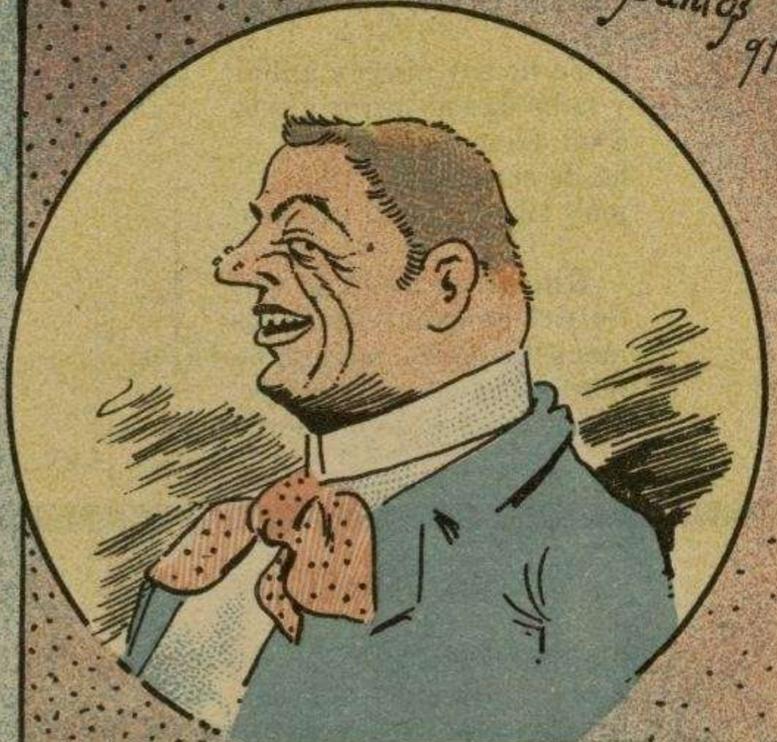
Y como viera ella que yo seguía callando, volvió á repetir la pregunta.

—Señora, ayer...—balbuceé no perdiendo por

Panlof 91



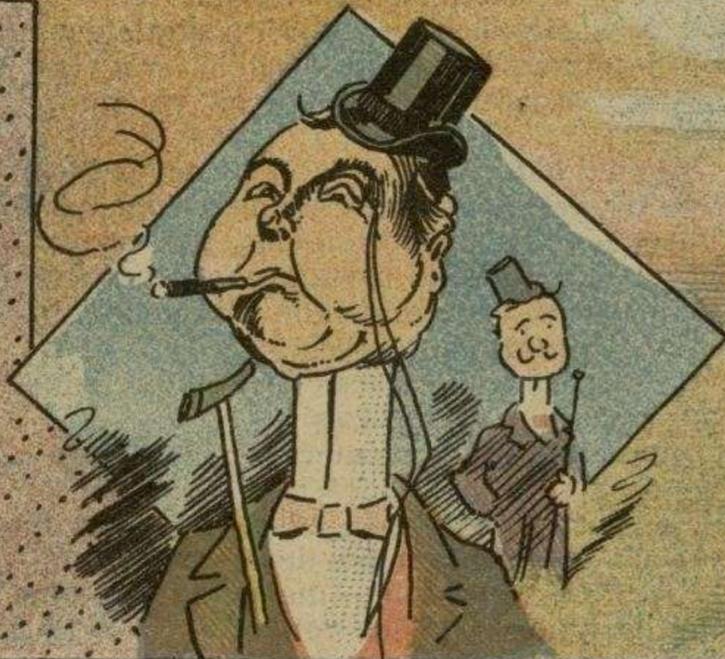
Una bacante... vacante á ratos.



¡El que á mí me la pegue!... ¡Si soy comerciante de goma!



— Agáchese usted, abuelito.
— Quién hubiera de pensar que me habría de agachar, pero, nada, ¡estaba escrito!



Sombreros de verano para cubrir el puño de la mano.



El chulo de la señora.



El chulo de la criada.



No ha tenido ninguna *cogia entoavía*. ¡Es claro! ¿Quién se le acerca con esa cara?

Buena cosecha la de este año!
¡En cada palmo de terreno vá á salir lo menos... un recaudador de contribuciones!

completo mi serenidad,—ayer...

—¿Y bien?

—Pues ayer... fué un día que llovió mucho. La dama lanzó una carcajada.

—¡No creo que haya usted venido para darme una noticia tan estupenda!—me dijo.

—Ciertamente no es eso lo que quería decir.

En aquel momento la puerta del gabinete se abrió de pronto y apareció en el dintel una de esas mujeres que no hallan nunca á mano bastantes recursos para disimular la fecha de su nacimiento; una mujer pintada, embadurnada, blanqueada á fuerza de polvos de arroz, con sortijas en todos sus dedos, y collares y cadenas y pendientes y blondas y encajes y moños; en fin una de esas características del teatro moderno.

Aquella mujer, al mirarme, hizo una leve inclinación de cabeza; luego se dejó caer sobre una butaca, alargando la mano á la dueña de la casa, y enseguida desató su lengua.

—¡Mi querida Engracial!... En la inteligencia de que no interrumpo, me siento, con tu permiso y el de este caballero... afortunadamente hoy tenemos buen día, y podremos pasear por la Castellana... á mí la lluvia me ataca los nervios horrosamente... ¡qué día ayer!... ¡qué chaparrones! ¡qué diluvio!... pasé un rato infernal... y á propósito... de la lluvia... ¿no sabes lo que me pasó?... El lance mas gracioso... ¡es verdad que me cuesta un paraguas!...

—¿Perdiste el tuyo?—dijo la dama.

—Casi, casi.

—¿Pero no dices que no saliste de casa?

—¡Pues eso es lo más sobresaliente!... Figúrate que se lo regalé á un desconocido...

—¡No comprendo!...

—Escucha y verás: por la mañana llamé á mi doncella, una pobre chica que no ha inventado la pólvora, salida de no sé donde... un alma cándida, en fin, y sabiendo que mi paraguas tenía una varilla rota, la dije que se lo llevara á ese pobre diablo que se pone en el portal de enfrente; pero la muy aturdida, sin esperar más explicaciones, asió el paraguas, y según me dijo después, se lo entregó á un papanatas que había en el portal esperando á que cesase la lluvia, en la inteligencia de que aquel era el paraguero.

Yo no la dejé concluir, porque estaba tocando el desenlace grotesco de mis aventuras.

Dejé caer el paraguas en el suelo y salí huyendo de una situación tan ridícula.

E.



Hasta que se publique el Catálogo de la Exposición de Bellas Artes no comenzaremos á tratar de las obras expuestas.

Por supuesto que lo haremos con nuestra acostumbrada independencia.

Y llamaremos al pan, pan, y al vino, vino.

**

A *La Vanguardia* le han dicho que el maestro Gounod está en Barcelona.

Efectivamente. Nosotros le vimos anteayer delante de los cuadros iluminados á la veneciana, de Masriera, en la Exposición.

Más tarde en el muelle, mirando trabajar á los *esquirols*.

Y por último en el *Lion d'or* ensayándose la armadura del rincón.

También, según nuestras noticias, había estado el día antes en el monumento de Colón y desde allá arriba había exclamado ¡*Ah, mon Dieu!*

Estas noticias nos las debe haber proporcionado el Sr. Mencheta.

Hay varios modos* de visitar el acorazado *Pelayo*.

O va V. en clase de curioso, y esto no tiene nada de particular, ó lo visita como anarquista y entonces le atan á V. como si fuera un mono y no le dejan salir de allí.

La primera manera es la mejor.

Digo, me parece á mi.

El Circo-Alegria se ha* inaugurado con gran éxito, como todos los años.

Me alegro en el alma.

Eso y más se merece D. Gil Vicente, quien puede decir que no tiene un enemigo en Barcelona.

Aza y Ramos Carrión* ha escrito una preciosa obra titulada *El rey que rabió*.

Si los que carecen de mérito, como yo, tienen envidiosos ¿qué les ha de suceder á autores como los citados?

Enseguida un periódico salió diciendo que ese rey era un arreglo de una obra francesa.

Y efectivamente, según testimonio del veterano Villergas que conoce el original francés, este se parece á la obra de Aza y Carrión como un huevo á una castaña. Y así estamos siempre: procurando rebajar á los pocos que valen algo.

MISCELANEA

En una panadería:

—Deme V. un pan, de tres libras.

—Te costará cinco céntimos más, muchacho.

—¿Desde cuándo se ha subido?

—Desde hoy.

—Pues entonces deme V. un pan de tres libras, de ayer, que sea blando.

Cantares

Yo soy aquel que subí hasta el último elemento, y sin embargo, no pude nunca llegar á sargento.

¿Cuando querrá el Dios del cielo y la virgen del Pilar que mi suegra se las guille para no volver jamás?

¡Válgame la cruz de Malta y el Cristo del gran poder! ¡El duro que te he prestado no creo volverlo á ver!

JOSÉ POVEDA.

Por Teléfono

—Central, central, al momento
quiero comunicación
con el número mil ciento,
con Trinidad Aragón
—Les voy á comunicar

Espera V. un ratito
se ha interceptado el circuito

Ya puede V. funcionar

Riiin, riiin, riiin

—Ya está ahí

—¿Quién llama? vamos á ver.

—Pues, Pepe ¿quién ha de ser!
¿no eres Trinidad?

—Yo, sí,

¿qué es lo que quieres?

—Pues nada;

decirte que eres hermosa,
que eres mi ninfa, mi diosa,
mi hurí, mi sílfide amada,
que eres mi única ilusión,
que tu cuerpo es un tesoro,
que te quiero, que te adoro
con todo mi corazón.

¿No me entiendes, *vida mia*?

—(¿Qué dice ese majadero!)

—Pues, óyeme un poco; quiero
que cuanto antes, llegue el día
que ha de bendecir el cielo,
nuestra suspirada unión...

—Pero, tunante, melón

¿tú quieres tomarme el pelo?

—¿No eres Trini; ingrata, infiel?

—¿Qué he de ser!

—¡Virgen María!

—¡Yo soy Trinidad García,
el abad de San Gabriel!

BENITO E. ALCALDE.

El colmo de la previsión.

El marqués ha hecho enarenar la calle donde
vive, porque la marquesa está enferma y no
quiere que el ruido de los coches la moleste.

—¿Cómo sigue?—le pregunta un amigo sin
hacer ruido.

—Mejor—contesta el marqués;—hoy he teni-
do carta suya.

—¿Pero no está aquí?

—No, en Zaragoza.

—Manuela, este pescado no está fresco.

—Espere V., señorito, voy á sacarle al balcón.

Entre bastidores:

Una bailarina á un sietemesino:

—A fin de mes se cierra el teatro y me quedo
sin colocación.

—Véngase V. por casa. Mamá necesita una
criada.

Descubrimientos

A mi querido amigo Mauricio Gerbolés

El señor de Campanilla
decía ayer que su abuelo
siendo alcalde de Sevilla
inventó una hermosa silla

para sentarse..... en el suelo.

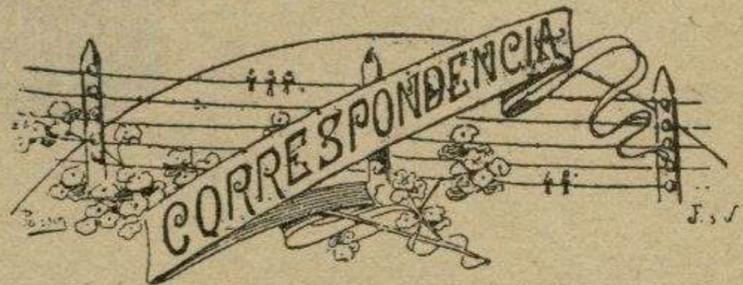
Ha descubierto igualmente
el alguacil Papanatas
un lazo, tan sorprendente
que con el coje á *los ratas*
.....y á todo bicho viviente.

Don Valisto Melgarejo
hombre muy sabio..... y muy viejo
trás mucho pensar, al fin
ha descubierto; la *in-*
mortalidad del cangrejo.

Y don Justo Capilongo
ha dicho ayer; que con miel
y las raíces de un hongo
se hace jabón, mejor que el
de los Principes del Congo.

Por último; un cocinero
muy sabio y muy distinguido
ha descubierto, que el suero...
echándolo en el puchero
no da sustancia al cocido.

ABRAHAM LIMORTI.



G. P. (Valladolid).—Eso no puede salir en el nú-
mero próximo ni en ningun otro.

J. F. P. (Madrid).—Ha hecho V. mal en arriesgar-
se porque no ha pasado V. el mar.

S. L.—No va.

J. L.—Hay algun cantar pasable, aunque no son
cosa del otro mundo. Puede V. llegar donde se pro-
pone estudiando los buenos modelos.

J. S. B.—No sé de qué me habla V. No he visto
ningun dibujo suyo, y cuando no han salido, prueba
que el director artístico, que es el encargado de ellos,
los ha hallado deficientes.

S. L. (Madrid).—Lo de esta vez no va. Está muy
descuidado.

J. A.—Los versos no están mal hechos, pero todo
eso se ha dicho muchas veces.

J. P.—El cuento llegó y ya le había contestado en
el original que se extravió. Recuerdo que le decía que
el citado cuento era poquita cosa y que V., estudian-
do buenos modelos podía hacer algo. De lo otro, ya
tenemos representante

F. L. V.—Mande algo y veremos. Le hemos de
advertir á V. que por ahora no podemos pagar cola-
boración por los crecidos gastos que tenemos.

N. M. L. (Madrid).—Demasiado tierno. Debe
V. ser un buen hijo.

R. C. F.—No puede ir.

V. M. P.—Envíe V. menos y más cuidado.

NOTA. El número pasado se extravió una cuarti-
lla de correspondencia y como los originales que no
servían los rompimos, no podemos hoy repetirla. Los
que enviaron algo publicable ya lo irán viendo en
estas columnas.



—Si viene papá dile que he salido.
—Bueno, ¿y si no viene, qué le digo?

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.
Cada tomo 15 céntimos en toda España.
Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.
Precio de cada tomo: 15 céntimos.
Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.
Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.
Van publicados 10 tomos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.
Van publicados 43 tomos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.